manchega. El ritmo y el tono de la población son absolutamente nuevos, de contraste rudo con su pasada existencia provinciana de días de paz. Pululan por sus calles hombres de todas las razas, de todos los pueblos: rubios exóticos del norte, teutones de cabeza cuadrada y zapatones enormes; franceses de acordeón, eufóricos, bullangueros y sacerdotisos de Baco; italianos de hablar pegajoso y melancólico; yanquis fuertes e ingenuos; rostros morenos y perfiles eslavos de ojos oblicuos y sonrisa dulce y cordial... Son los 'pobres del Mundo', son intelectuales y artistas perseguidos o expatriados, son obreros en paro o jóvenes idealistas que vienen arrastrados por un impulso generoso y romántico...».

«Todo este disperso material humano invade la ciudad manchega, y allí se aglutinan, se engendran y equipan las gloriosas Brigadas Internacionales. Antes de salir para los frentes de lucha, se instruyen en la llanura y deambulan por las calles en correctas formaciones, llenándolas de canciones exóticas, de cordialidad estridente y ruidosa, de himnos proletarios de países distintos. La ciudad manchega, enclavada en la senda polvorienta del andante caballero, ayer monótona, apacible y gris, tiene hoy la policromía, el poliglotismo y el encanto nómada de cualquier famoso puerto asiático».

Otro articulista, éste desde las páginas de *Diario de Albacete* (27-XI-1936) y encubriendo su nombre bajo el seudónimo de «Belarmino» se mostraba también maravillado del nuevo aspecto de Albacete:

«Sería bien triste que nuestra ciudad no encontrara, para este momento tan intenso de su vida, el historiador que le hace falta. Porque el testimonio de estas horas álgidas podría servir de estímulo y aliciente para los albacetenses de las generaciones venideras, si, como creemos, no son llegados aún los días terribles de la Apocalipsis. Por lo pronto, Albacete ha roto, con la guerra, el encanto tibio y sedante de la vida provinciana y, si yo adoleciera de humor elegíaco, ensayaría una despedida sentimental a lo irremediablemente ido. Pero mi musa no es elegíaca sino anacreóntica; y en vez de la remembranza de aquel Albacete, tan remoto ya, en el que los magistrados —con sus togas, sus considerandos y sus proveídos— ponían la nota de severidad adusta, yo prefiero este Albacete de hoy, convertido en castro militar, dinámico y jocundo, con la alegría generosa y un poco gárrula de la soldadesca...

«La guerra ha exaltado siempre en los hombres los instintos más fuertes. El espectro de la muerte desarrolla, por reacción, el